

## 69. TIRANTE EL BLANCO

(1511)

por

Rafael Beltrán Llavador y José Manuel Lucía Megías

## TESTIMONIO

[1] Valladolid, Diego Gumiel, 1511 [→]

## TEXTOS

## 1. Tirante se encuentra con un ermitaño, Guillem de Varoique

**A**conteció que un gentil hombre de noble y antiguo linaje e natural de Bretaña, yendo en compañía de otros muchos gentiles hombres que ivan a las fiestas, quedó más atrás de todos y dormióse sobre el cavallo, de fatigado del trabajo del gran camino que avía andado. Su cavallo dexó el camino, y tomó una senda que iba a dar en la fuente donde estava el hermitaño, el cual en aquella sazón se deleitava leyendo un libro llamado *Árbol de batallas*, y hazía continuamente gracias a Nuestro Señor, cuando en él leía, por las singulares mercedes que en aqueste mundo avía alcanzado sirviendo la orden de cavallería. Y estando assí vio venir por aquel llano un hombre a cavallo, y conoció que venía dormiendo, y dexó de leer y non le quiso despertar. Cuando el rocín llegó a la fuente y vio el agua quiso beber, e porque tenía la falsa rienda en el arzón de la silla no pudo, y tantas cosas hizo que fue forçado al gentil hombre despertar; e

abriendo los ojos se vio delante un hermitaño con barba toda blanca e casi las vestiduras rotas, y mostrábase flaco y descolorido; esto causava la mucha penitencia que hazía continuamente; y por las muchas lágrimas que sus ojos derramaban, los tenía muy dañados. Su acatamiento era de hombre admirable e de gran santidad. El gentil hombre se maravilló de tal visión, mas en el buen sentido que tenía conosció que devía ser algún hombre de sancta vida que allí se avía retraido por hazer penitencia y salvar su alma; e como hombre desembuelto prestamente descavalgó, e hízole gran reverencia. Y el hermitaño lo recibió con cara muy alegre y asentáronse en la verde y deleitosa pradería. Y el hermitaño le dixo:

-Gentil hombre, ruego's por vuestra cortesía y gentileza que me queráis dezir vuestro nombre y cómo y porqué causa venistes en aqueste desierto.

No tardó mucho el gentil hombre en responder en esta manera: [...]

-Padre reverendo, pues a vuestra sanctidad plaze saber mi nombre, soy

**BIBLIOGRAFÍA:** *Tirant lo Blanc* (<http://parnaseo.uv.es/Tirant.htm>). **EDICIÓN:** 1. Catalán: Albert Hauf (coordinación y notas) y Vicent J. Escartí (ed.), València, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 1990, 2 vols. 2. Castellano: Martín de Riquer (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1974. **ESTUDIOS:** Beltrán (1996 y 1997), Lucía Megías (1996), Martínez (1997); Mérida (1991 y 1993).

muy contento de dexírosle. A mí dizen Tirante el Blanco, porque mi padre fue señor de la marcha de Tirania, que por la mar confina con Inglaterra, y mi madre fue hija del Duque de Bretaña, y ha nombre Blanca; por esso quisieron que yo fuesse llamado Tirante el Blanco. Fama es por todos los reinos de cristianos cómo el serenísimo Rey de Inglaterra ha mandado juntar cortes generales en la cibdad de Londres, e ha contratado matrimonio con la hija del Rey de Francia, que es la más hermosa y más linda donzella que ay en toda la cristiandad, e tiene muchas gracias, más que las otras donzellas; y entre las otras os puedo dezir una: hallándome yo en la corte del Rey de Francia el día de San Miguel pasado, en la cibdad de París, porque aquel día estava concertado el casamiento, el rey hazía gran fiesta; y el rey y la reina y la infanta todos tres comían a una mesa; y por verdad os puedo, señor, dezir que como la infanta bevía vino tinto que su blancura es tan grande que por la garganta le vía passar el vino; y todos cuantos allí estavan fueron maravillados. Y allende d'esto, se dize que el rey se quiere armar cavallero, y después arma[r] a todos los otros cavalleros que querrán recibir orden de cavallería. E yo he preguntado a reyes de armas yarautes porqué el rey no se avía armado cavallero en el tiempo de la guerra que tenía con los moros. Hanme respondido que porque en todas las batallas que avía avido con los moros avía sido vencido, hasta que vino aquel famoso cavallero vencedor de batallas, el conde Guillem de Varuique, que muy presto destruyó a todos los moros y puso todo el reino en reposo. E más dize[n], que el día de San Juan será la reina en la cibdad de Londres y se harán grandes fiestas que durarán un año y un día. Y por causa d'esto partimos de Bretaña treinta gentiles hombres de nombre y de armas, dispuestos para

recebir la orden de cavallería. Y veniendo yo por el camino, fue mi suerte que por cansancio de mi cavallo quedé un poco atrás de los otros, por el gran trabajo que he sufrido de las grandes jornadas que he hecho, porque partí más tarde que todos los otros. Veniendo pensando, adormecíme y mi cavallo dexó el camino real y á me traído delante vuestra reverencia.

Cuando el hermitaño oyó hablar al gentil hombre que iba a recebir la orden de cavallería, acordándosele la orden que cosa es y todo lo que pertenece a cavallero, lançó un gran suspiro y entró en muy gran pensamiento, veniéndole a la memoria la grandíssima honra en que la cavallería le avía puesto. (cap. 28, ff. 17r-v).

## 2. La flecha de Venus: Tirante se enamora de Carmesina

Cuando llegaron a la gran sala del palacio del emperador, le tomó por la mano y púsole dentro de una cámara donde estava la emperatriz, e halláronla en la forma siguiente: la cámara era muy oscura, que no avía en ella lumbré ni claridad alguna. El emperador dixo:

-Señora, avéis aquí nuestro capitán mayor, que viene a hazeros reverencia.

Ella respondió quasi con boz desmayada:

-Él sea bien venido.

Dixo Tirante:

-Señora, por la fe abré de creer si aquella que habla es la emperatriz.

-Capitán mayor, -dixo el emperador, -cualquiera que tenga la capitanía del imperio griego tiene poder de abrir las ventanas y mirar a todos en la cara y quitarles el luto que traen por marido, padre, hijo o hermano. E así quiero yo que uséis vós de vuestro oficio.

Mandó Tirante que le truxessen una entorcha encendida, e luego fue fecho. Después que la lumbré entró en la cámara, vio un pavellón todo negro; allegóse a él e abrióle e vio una señora toda cubierta de paño grosero con un gran velo negro sobre la cabeça, que le cubría toda hasta los pies. Tirante le quitó el velo de la cabeça e quedó con la cara descubierta; visto el gesto, Tirante hincó la rodilla en tierra y vesóle el pie sobre la ropa y después la mano. Ella tenía unos paternostres de oro esmaltados, y besólos y díolos a besar a Tirante. Después vio una cama con cortinas negras, y la Infanta de azetuní negro, cubierta con una ropa de terciopelo de la misma color. A los pies de la cama estaban asentadas una dueña y una donzella. La donzella era hija del Duque de Macedonia, y la dueña se llamava la Biuda Reposada, la cual avía criado de leche a la infanta. Al cabo de la cama vio estar hasta ciento y setenta dueñas y donzellas que estaban todas con la emperatriz y con la infanta Carmesina. Tirante se acercó a la cama e hizo gran reverencia a la infanta y besóle la mano. Después fue a abrir las ventanas y pareció a todas las damas que salían de gran captiverio porque avía muchos días que estaban en aquellas tinieblas por la muerte del hijo del enperador. Dixo Tirante:

-Hablando con el acatamiento que devo, yo diré a vuestra alteza y a la señora emperatriz que presente está mi pensamiento. Yo veo que el pueblo d'esta insigne cibdad está muy triste y dolorido por dos causas: la primera, por la pérdida que a vuestra alteza le vino de la muerte de aquel animoso cavallero el príncipe, vuestro hijo; vuestra magestad no se deve tanto congoxar, pues murió en servicio de Dios defendiendo su sancta fe católica; antes deve dar loores y gracias a la inmensa bondad de Nuestro Señor Dios que se le avía empresentado,

y así le puso llevar cuando quiso para mayor bien, para el que le ha colocado en la gloria del paraíso. Y d'esto le deve dar vuestra alteza muchas gracias. Y el que es lleno de misericordia y de infinita piadad, dará a vuestra alteza próspera y luenga vida en este mundo, y eterna gloria después de la muerte en el otro, y hazernos ha vencedores de nuestros enemigos. La segunda causa por que están tristes es por la gran morisma que veen muy cerca temiendo perder los bienes y la vida; y el menos mal que les puede venir es ser captivos en poder de infieles, por que es nescasario que vuestra alteza y la señora emperatriz muestren la cara alegre a todos lo que los vieren, para consolarlos del dolor en que están puestos, porque tomen ánimo y esfuerço para varonilmente pelear contra los enemigos.

Y el emperador, considerando el buen consejo que le capitán le dava, dixo:

-Yo quiero y mando que luego, así hombres como mugeres, todos dexen el luto.

Diziendo el emperador estar y otras semejantes palabras, los oídos de Tirante estaban atentos a ellas, y los ojos, por otra parte, contemplavan en la gran belleza y hermosura de Carmesina; la cual, por el gran calor que hazía y porque avían estado con las ventanas cerradas, estava medio desabrochada, que se mostravan en sus pechos dos mançanas de paraíso que parecían cristalinas, las cuales dieron entrada a los ojos de Tirante, que de allí adelante no hallaron la puerta por donde avían de salir, e para siempre quedaron en prission y en poder de persona libre hasta que la muerte de entrambos los apartó. Mas séos bien dezir de cierto que los ojos de Tirante no avían jamás recebido semejante cebo, por muchas honras y plazerés que avía visto, como fue solo éste de ver a la infanta.

El emperador tomó por la mano a su hija Carmesina y sacóla fuera de aquella cámara; y el capitán tomó por el brazo a la emperatriz y entraron en una cámara bien entoldada y toda alrededor estoriada de los siguientes amores: de Flores y de Blanca Flor, de Tísbe y Píramus, de Eneas y Dido, de Tristán y de Iseo, de la reina Ginebra y de Lançarote, y de otros muchos cuyos amores de muy sutil y hermosa pintura estavan allí devisadas. Tirante dixo a Ricarte:

-No creyera jamás que en esta tierra avía cossas tan maravillosas como veo.

Y él dezíalo más por la gran belleza de la infanta que por las otras cosas; mas Ricarte no lo entendió. (cap. 118, ff. 64v-65v).

### 3. La declaración de amor con el espejo

Como Tirante lo supo, luego pensó lo que era, e hizo comprar el más lindo espejo que se pudiesse hallar y púsole en la manga; y cuando le pareció ora, fuéronse a palacio e fallaron al emperador hablando con su fija. Como el emperador los vio venir, mandó que llamasen a los ministriles para que dançasen, e delante d'él dançaron un rato; y después que ovo mirado un poco, retraxóse en su cámara. La princesa, como vio retraído al emperador, dexó el dançar y tomó por la mano a Tirante y asentáronse a una ventana; y la princesa comenzó de hablar en esta manera: [...]

-Dezidme, Tirante, -dixo la princesa-, así os dexe Dios gozar de lo que deseáis, ¿quién es la señora que tanto mal os haze passar? Que si en alguna cosa yo os puedo ayudar, lo haré de buena gana, que mucho me tardo en saberlo.

Tirante metió la mano en la manga y sacó el espejo e dixo:

-Señora, la imagen que aquí verá me puede dar muerte o vida; mándele vuestra alteza que me tome a merced.

La princesa tomó muy presto el espejo y con apresurados passos se entró en la cámara, pensando que allí hallaría dama pintada, e no vio en él otra cosa sino su figura; e luego conoció por entero que por ella se hazía la fiesta, y espantóse que sin hablar pudiesse un hombre requerir una dama de amores. Y estando ella con este plazer de lo que abía visto hazer a Tirante, venieron la Biuda Reposada y Estefanía y hallaron a la princesa muy alegre con el espejo en la mano; las cuales le dixerón:

-Señora, ¿dónde huvo vuestra alteza tan lindo espejo?

E la princesa les contó la recuesta de amores que Tirante le avía hecho, e dixo:

-Jamás oí dezir ni en cuantos libros he leído de historias no he hallado tan graciosa recuesta. ¡Cuánta es la gloria de saber que tienen los estrangeros! Yo pensava que el saber, la virtud, la honra e gentileza, que todo estuviesse en nuestra gente de Grecia; agora conozco que ay muy más en las otras naciones. (caps. 126-127, ff. 83r-v).

### 4. Tirante como Aníbal: la batalla de Trasimeno... en Grecia. La crueldad en la guerra

Y el rey de África encontró al Duque de Macedonia que andava cerca de Tirante, y tan gran encuentro le dio por medio de los pechos, que le pasó de la otra parte; y fue golpe mortal, que le pagó de todas sus maldades. Como Tirante cayó, mucho tuvo que hazer en poderse levantar, porque tenía la pierna debaxo del cavallo. Empero él se esforzó tanto que se levantó en pie, y caíase la bavera del capacete que traía,

porque allí le encontró la una lança, y la otro encontró en el guardabraço esquierdo. Y si no fuera por las buenas y leales armas, él fuera muerto de aquella vez. Como el Rey de Egipto lo vio en tierra, quiso descavalgar; y como tuvo la pierna encima del arzón de la silla que se apeava, vino el Señor d'Agramunte y encontróle en medio de la pierna, y pasógela de la otra parte; él sintió muy gran dolor de aquella herida y cayó en tierra a mal de su grado. Como Tirante le vio assí caído en tierra, apresuróse azia él, pero no pudo llegar; tanta era la prisa de la gente. Como el rey fue levantado, tomó una lança que halló en tierra, y metióse entre la gente poco a poco, y allegóse tanto hasta que Tirante que le echó un bote de lança; y como no tenía bavera diole en medio de la cara, que le derribó cuatro dientes y muelas, de donde perdió mucha sangre y tenía gran dolor. Pero él siempre peleava, que ni por aquella herida no se dexava. Como Ipólito le vio estar a pie y en tanto peligro, con mucho esfuerço hizo tanto que llegó a donde é estava; y tan presto como pudo, descavalgó y dixo:

-Señor, por Dios os ruego que cavaleguéis aquí.

E Tirante peleava cerca del cabo del ala, que poco a poco se iba apartando de la prisa de la gente. Y él cavalgó y dixo a Ipólito:

-¿Y tú qué harás?

Respondió Ipólito:

-Salvad, señor, vuestra persona, que, aunque a mí me maten, por amor de vuestra señoría yo terné mi muerte por bien empleada.

Tirante tornó a la batalla buscando al Rey de Egipto, el cual por el gran dolor de la pierna era salido de la batalla. Tirante vio que no le podía hallar, continuamente peleava con los otros. Y después de buen espacio fue suerte que, andando peleando por la batalla, se en-

contró con el Rey de Capadocia; y como el rey le vio se fue para él, e con la espada le tiró un golpe encima de la cabeça que le hundió el capacete en los cascos y atordido cayó en tierra. Tirante prestamente descavalgó y cortóle las caderas del capacete para le cortar la cabeça. E prestamente allegó un cavallero, que con alta boz y piadosa dixo:

-Señor, por merced, no queráis matar al rey, pues él está mortalmente herido; e pues es mortal y vencido, por vuestra benignidad dadle un poco espacio de vida, que bien os basta que seáis vencedor.

Dixo Tirante:

-¿Qué es la causa que te mueve que tú quieras demandar gracia de piedad para este nuestro público enemigo que, con tanta crueldad, en sola confiança de su virtud y de sus armas ha hecho todo lo que ha podido por darme la muerte? Por lo cual, es justa cosa que él sea punido según él quería hazer de nosotros. Y no es agora tiempo sino de crueldad, pues nuestra victoria está en sola la potencia de la virtud de nosotros y no en los méritos de la virtud de mi potencia.

Y así él le desató el capacete y cortóle la cabeça. La hacha de Tirante era bien conocida entre las otras, que estava toda teñida de sangre de los hombres que avía muerto. La tierra estava toda cubierta de cuerpos muertos, y bien teñida de la sangre que d'ellos se havía derramado. Tirante tornó a cavallo, y como los turcos vieron muerto al valentísimo rey, vinieron gran multitud d'ellos sobre Tirante y esforçáronse mucho por le matar. Y fue muy malherido y derribado del cavallo; y él prestamente se levantó no nada desmayado por la caída ni temeroso de las heridas, antes a pie se metió en la prisa de la gente, que no parecía sino un león; y con ayuda de los suyos, tornó a subir a cavallo.

Ésta fue muy fuerte y áspera batalla, y tanto como ella fue más fuerte, fue mayor

la gloria suya. Y continuando siempre la batalla, era ya casi ora de bísperas, que Diafebus maldezia a Tirante que en aquel lugar le avía metido. (cap. 157, ff. 121r-v).

## 5. El sueño de Placedemivida

**N**o diré a vuestra majestad todo lo que he soñado. A mí me parece que yo dormía en una cámara de paramentos, en compañía de cuatro donzellas, y que Estefanía venía con un librico de cera encendido, por no traer mucha luz, a nuestra cama e mirava si dormíamos, e vio que todas dormíamos; yo estava arropada, que no sé si dormía o velava, e vi en sueños cómo Estefanía abrió la puerta de la cámara suavemente, porque no hiziese ningún roído, e halló a mi señor Tirante y al condestable que ya estaban esperando. E venían en jubones con capas y espadas, e traían calçados peales de lana, porque no fuessen sentidos al passar; e como ellos entraron, ella mató la candela e púsose primera tomando al condestable por la mano, y el virtuoso Tirante, que los seguía, y en aquel caso ella parecía moço de ciego, e metiólos dentro de vuestra cámara. E vuestra alteza estava bien perfumada e algaliada y no mal ataviada, vestida e no desnuda. Tirante os tomó en aquellos sus varoniles braços, e traíaos por la cámara besándoos muy a menudo. Y vuestra alteza le dezía:

«¡Déxame, Tirante, déxame!

»Y él os ponía sobre aquella cama de reposo. [...] Después vi en visión cómo él os besava a menudo, y desatóos a mucha prisa los cordones de los pechos y besávaos las tetas. Y como bien os uvo besado, quísoos meter la mano debaxo de las faldas para os buscar las pulgas; y vós, mi buena señora, no lo quisistes consentir, que no me dudo que si lo con-

sintiérades que el juramento no peligrase. E vuestra alteza le dezía:

«Tiempo verná que lo que agora tanto desseas lo ternás a tu libertad, y mi virginidad será para ti conservada.

»Después puso su cara sobre la vuestra teniendo los braços sobre vuestro cuello, y los vuestros en el suyo, que parecían los sarmientos extretexidos en el árbol, [y] tomava de vós amorosos besos. Después vi soñando que Estefanía estava sobre aquella cama, y a mi parecer le veía blanquear las piernas, y a menudo dezía:

«¡Ay, señor, que me hazéis mal! Doleos un poco de mí, y no me queráis del todo matar!

»E Tirante le dezía:

«Hermana Estefanía, ¿por qué queréis poner asechanças a vuestra honra con tan grandes bozes? ¿No sabéis que muchas vezes las paredes tienen orejas?

»Y ella tomava la manga de la camisa y metíasela en la boca y apretava fuerte con los dientes porque no fuese sentida. E dende a un poco no se pudo sofrir que no diesse un grito diziendo:

«¡Trista! Dolor me fuerça a dar bozes, y según veo deliberado tenéis de matarme!

»Y entonces el condestable con la mano le atapó la boca. E como yo sentí aquel sabroso llanto, mi ánima se complañía como por mi desventura no era yo la tercera con el mi Ipólito. E aunque yo sea grosera en amar, conoció el mi espíritu que el término de amor aquí devía fenescer. Mi ánima uvo algunos sentimientos de amor que inorava, e doblóseme la pasión del mi Ipólito porque no tomava en mí parte de los besos así como Tirante de la princesa y el condestable de Estefanía. Y como más en ello pensava, mayores y más dolores sentía, e a mi parecer tomé un poco de agua y que me lavé el coraçón, los pechos y el vientre por remediar alguna parte de mi

dolor. Y mirando mi espíritu por el agujero, vi dende a poco cómo Estefanía estendió los brazos y rindió las armas; empero esforçándose dixo:

»¡Vete, cruel de poco amor, que no as piedad ni misericordia de las donzellas hasta que le as violada la castidad! ¡O, sin fe! ¿Y de cuánta pena eres digno, si yo no te quiero perdonar, y doliéndome de tu mucho más te amo? ¿Dónde está la fe que tú me has quebrantado? ¿Dónde está tu mano derecha que con la mía juntaste? ¿Dónde están los sanctos que truxiste en testimonio, los cuales por tu falsa boca ayer nombraste cuando me prometiste que no me harías mal ni sería por ti engañada? Gran osadía as cometido, que con deliberado pensamiento has querido robar el despojo de mi virginidad; e porque tú eres hombre de tanta autoridad, e porque mi querella más verdaderamente sea conocida...

»Llamó a la princesa y a Tirante y mostróles la camisa y díxoles:

»-Aquesta mi sangre es fuerça que la repare amor.

»Y todo esto dezía con muchas lágrimas en los ojos; después dixo:

»-¿Quién terná contentamiento de mí, ni quién fiará de mí, que no he sabido guardar a mí misma? Pues, ¿cómo será guardada por mí otra donzella que me sea encomendada? No me conorto sino con una cosa: que no he hecho nada que sea en perjuizio de mi marido, sino que he cumplido su voluntad a mal de mi grado. A mis bodas no an venido los cortesanos, ni clérigo no se ha vestido para nos dezir la misa; no es venida mi madre ni mis parientes, ni an avido trabajo en desnudarme las ropas y vestirme la camisa; no me an subido por fuerça a la cama, que yo se supe subir; los ministros no an avido trabajo en tañer y cantar, ni los cavalleros y cortesanos en dançar, que bodas sordas han sido. Empero

todo lo que he hecho ha sido voluntad de mi marido.

»Y d'estas y tales cosas dezía muchas Estefanía. Después de todo esto, que el día se allegava, la majestad vuestra y Tirante la conortavan lo mejor que podían. Y dende a rato los gallos tornaron a cantar, y vuestra alteza rogava muy humildemente a Tirante que se quisiese ir porque de ninguno del castillo no fuessen vistos. E Tirante suplicava a vuestra alteza le quisiese hazer gracia de soltarle el juramento porque pudiesse alcançar el vitorioso triunfo que desseava, assí como su primo. Y la celsitud vuestra no quiso sino quedar vitoriosa de la batalla. Y como ellos se fueron idos, desperté y no vi nada, ni a Ipólito ni a ninguno. Fui puesta en gran pensamiento y como me hallé los pechos y el vientre mojados de agua vine a creer que devía ser verdad; y entonces el dolor me aumentó en tanta manera que dava bueltas por la cama como haze el enfermo que vasquea con la muerte y no halla el camino; por lo cual deliberé amar a Ipólito de verdadero corazón, y pasaré mi vida penada assí como haze Estefanía. ¿Yo estaré con los ojos cerrados, y ninguno no me dará remedio? E digo que amor me ha turbado tanto los sentidos que soy muerta si Ipólito no me socorre, siquiera que pasase mi vida durmiendo; que sin duda es gran dolor despertar a quien buen sueño sueña. (cap. 163).

## 6. Juegos de manos en el lecho

Plazerdemivida tomó a Tirante por la mano y llevóle a la cámara de la princesa, e hízole acostar a su costado. Y las tablas de la cama, hazia la cabecera, no llegavan a la pared. Y Plazerdemivida se metió allí y dixo a Tirante que esto viesse quedo hasta que ella gelo dixesse. Y Plazerdemivida puso su cabeça sobre

el almohada, entre Tirante y la princesa, y tenía la cara buelta azia ella; y tomó la mano de Tirante y pusóselas sobre los pechos de la princesa, el cual le palpó los pechos y el vientre y de allí abaxo. La princesa despertó y dixo:

-¡O, válame Dios, cómo eres enojosa! ¿No me puedes dexar morir?

Dixo Plazerdemivida:

-¡O, cómo sois donzella de mal sofrimiento! Salís agora del baño y tenéis las carnes lisas y gentiles, y deléitome en tocarlas.

-Toca do quisieres, -dixo la princesa-, y no pongas la mano tan debaxo.

-Dormid, haréis bien, y dexadme tocar este cuerpo, pues es mío, que yo estoy aquí en lugar de Tirante. ¡O, traidor de Tirante! ¿Y dónde estás agora? Que si toviesses la mano donde yo la tengo, estarías alegre y contento.

Y él tenía la mano sobre el vientre de la princesa, y Plazerdemivida tenía la suya sobre la cabeça de Tirante. Y como ella conocía que la princesa se dormía, afloxava la mano, y entonces Tirante tocava a su plazer; y d'esta manera se deportó cerca de una ora. Y como Plazerdemivida conoció que ella dormía bien, afloxó del todo la mano. E Tirante quiso tentar la paciencia y dar fin a su desseo. Y la princesa despertó, y dixo:

-¿Qué malaventura hazes que no me quieres dexar dormir esta noche? ¿Eres tornada loca que quieres tentar lo que es contra de natura?

Y a poco rato ella conoció que era más que muger, y no quiso consentir, antes començó a dar gritos. Y Plazerdemivida le atapava la boca con sus manos; y díxole a la oreja porque las otras no lo sintiessen:

-¡Callad, señora, que no queráis difamar a vuestra persona, que temo que no lo sienta la emperatriz! ¡Catad que es vuestro cavallero Tirante, quien por vós se dexará morir!

-¡O, maldita sea tül, -dixo la princesa. ¿Y no as avido temor de mí ni vergüença del mundo, que sin yo saber nada me has puesto en tanto trabajo y difamación?

-Ya, señora, -dixo Plazerdemivida-, pues el mal es hecho, dad en ello remedio; que me parece que el callar es el mejor remedio y más seguro.

Y Tirante con baxa boz le suplicava lo mejor que podía. Y viéndose ella en tan estrecho paso, que de la una parte la combatía amor y de otra temor, y al fin deliberó de callar. (cap. 233).

## 7. ¿La buena muerte? Tirante muere de pleuresía o "mal de costado"

Y como Tirante llegó a una jornada de la ciudad de Costantinopla, detúvose en una ciudad que se llama Andrinópolis, porque el emperador le avió embiado a dezir que no entrase hasta que él se lo embiase a dezir. Y estando en aquella ciudad con mucho deleite y tomando muchas maneras de plazer, paseándose con el rey Escariano y el Rey de Sicilia por la ribera de un río que passa junto con la ciudad, le tomó de súbito tan gran mal de costado y tan poderoso, que le ovieron de tomar en brazos y llevarle a la ciudad.

E como fue echado en la cama, vinieron los físicos, assí los suyos como los del rey Escariano, que eran de los singulares del mundo, e hizieronle infinitas medicinas y no pudieron dar ningún remedio a su dolor. Entonces Tirante se tuvo por muerto y mandó que llamasen a su confesor, el cual era un buen religioso de la orden de San Francisco y maestro en teología, hombre de grandíssima ciencia; y él confesó con mucha diligencia todos sus pecados y con mucha contrición, teniéndose por muerto según el mucho dolor le ahincava y poco remedio que sentía con lo que los físicos le hazían. (cap. 467).